

RIO ARGA

REVISTA DE POESIA



PAMPLONA **112** 4º TRIMESTRE 2004



fundacióncan

Director:
VÍCTOR MANUEL ARBELOA

Consejo de Redacción:
JOSÉ LUIS AMADOZ, JUAN RAMÓN CORPAS, BLANCA GIL,
CARLOS MATA INDURÁIN, JESÚS MAULEÓN,
ALFONSO PASCAL ROS, MAITE PÉREZ LARUMBE

Edita: Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Navarra.
Avda. Carlos III, 8

Correspondencia y suscripciones: Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Navarra.
Obra social
Avda. Carlos III, 8

Precio del ejemplar: 1,80 €.

Suscripción anual: 5,20 €.

Depósito Legal: Na: 1573-1976

Imprime: GARRASI, Avda. Barañain, 52 - Pamplona.

RIO ARGA

REVISTA DE POESIA

COLABORAN:

José Luis Amadoz, Víctor Manuel Arbeloa. Javier Asiáin,
José Luis Esparcia, Xabier Etxarri, Ignacio Lloret, Adolfo
Marchena, Santiago Montobbio, José Antonio Sáez,
Miguel de Santiago, Kiko Sagardoy.

ILUSTRA:

Portada e interior:
Alfonso Ascunce

ENTRE LO FUGITIVO Y LO ETERNO

XI

Vengamos ahora a la poesía. La poesía es también la percepción directa e inmediata de la realidad, un sentimiento intelectual e intenso de la presencia de esa realidad –*the life of things*-, un tacto-contacto profundo de / con las cosas y los acontecimientos, derivadamente con nosotros mismos, indirectamente con Dios.

Separar el *animus* del *anima* sería como separar el agua del río o el aire del viento. Una misma es la inteligencia, en su centro y en su superficie, en su razonamiento y en su posesión: conocimiento poético y conocimiento intelectual, en interacción constante.

Es común entre los autores místicos la experiencia de que, tras la unión con Dios -Dios no habla, se da-, al volver a la vida ordinaria de la razón y de los sentidos, experimentan una fuerza nueva, un impulso decisivo y misterioso para poder trabajar por las causas divinas; una nueva luz de certidumbre que les ilumina en las mil actividades de la vida cotidiana, y una alegría mayor que les inunda, al poder ocuparse de Dios y consagrarle la vida entera. Desde el centro del alma -fuente viva, yo profundo-, se derrama la vivencia por toda la unidad psico - orgánica que es el hombre.

Toda presencia amada causa directamente en el amante unos efectos cualitativamente similares, aunque sea diferente su gradación intensiva.

*Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio.
Ya no guardo ganado
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio,*

escribe San Juan de la Cruz. En su humana proporción, todo enamorado no dice otra cosa. Que durante la unión, al decir de Santa Teresa, el alma *no ve ni entiende*, un enamorado lo comprende mejor que nadie. Henri Bremond, uno de los más finos analistas de la poesía religiosa y mística, y de la poesía en general, ha descrito los efectos de la unión mística y de la unión amorosa en el psicorganismo humano en páginas inolvidables.

El poeta y el místico se distinguen, pues, de cualquier otro hombre activo por la intensidad de su "alma profunda" (*anima*), con dos notas bien patentes y analizables: la necesidad imperiosa de comunicar a otros la propia experiencia íntima, y el don de comunicarla.

Pero, mientras el místico, cuando escribe didácticamente sobre mística, en cuanto docto, no en cuanto místico, se dirige a la razón del oyente o del lector, y no para transmitir su experiencia, cosa del todo imposible, el poeta, en cambio, en cuanto poeta, provoca en nosotros una experiencia humana, similar a la suya, y nos eleva con él al trance poético.

Es la catarsis (la *kazársis* religiosa de los griegos primitivos, luego trasplantada a la filosofía y a la estética) de la poesía y del arte en general, el paso de la meditación a la contemplación, la sustitución del *animus* por el *anima*.

Le poète est pour sa propre vie, en petit, ce que Dieu est pour le monde,

decía el crítico ginebrino Amiel, pequeño místico de la vida interior y cotidiana.

Un pequeño Dios de sí mismo y del mundo que lo rodea, el poeta, como todo artista, contemplativo por naturaleza, no es un profesor que habla en verso, tampoco un profesor de moral. Es el hombre de la catarsis, de la purificación por la contemplación, por la *sensibilité de l'imagination* (Baudelaire), mucho más que de la *pasión*, como tontamente se dice todavía. Y por ende, señor de sí mismo y de la vida plena, por encima de cualquier otro señorío.

JOSÉ LUIS AMADOZ

POEMAS CREPUSCULARES

Amante prado
que en su fresca hierba
eterno acoge
secretal, discreto,
el ardor de unos cuerpos
de placer silenciado.

*Así lo obscuro desvanece
como una sombra
de sol asaeteada,
se abre la mañana
de cuerpos, todavía, calientes,
prado virginal y desnudo
granado rojo de día
que prepara nueva noche,
esplendor desvaído que pasa,
páginas de New York Times,
cada mañana,
libres de fotogramas
de portada,
el chasquido de la rosa resuena
cuando se abre al viento,
el viejo león
ruge, dormido y ardiente.*

La noche multiplica sus ojos,
el peso de las estrellas gravita
como un cielo cuajado,
ni los dioses de Homero,
amantes del destino,
hubieran ceñido su corona,
para nadie su magia
devora tanto,
el amante reconocido por el otro
en estruendo vivo,
humeante hierba de rocío fresco
que endulza labios de miel
y perseverancia de empeño
nunca acabado,
arrullo de siglos
entre tantas tempestades
de sal, espuma y fuego.

*La noche es como una acogida
lejana de la separación,
un vendaval sagrado
que todo enciende...
aire presuroso que la distancia
recorta y la aproximación
generosa se ciñe
entre los cuerpos
y sin recelo se impone,
un revuelto cabello
que llamea nocturno
enhebrando los prados
en caricias de ardiente deseo,
maquillaje puro de esmerada
talla, recuerdos
de museo virginal y puerto
seguro para el olvido que llega.*

Arrepentida la campana de lejanía
tímida suena
borrando el sueño de caliente calma,
huye la sombra y el silencio
de noche que vacila,
de abrazo distraído la mañana
endereza todo,
el cerrado vaho disipa,
un corro de pájaros madrugadores
reclaman secuencias de amor,
enardecidos, alborozado asombro,
muertos de sospecha
de cuerpos y ternura
que todavía duermen,
mientras, la campana
sigue tañendo solitaria, despierta.

*Cómo se habitúa presto
y acomoda
el ser clandestino
al rumor de esta noche,
al manso silencio escondido
dentro de tu cuerpo que se estremece,
el instante eterno hecho gozo
como un dios empequeñecido,
sol ardiente que busca sombra
para no quemarse,
al instinto que se enciende,
mientras, el prado mañanero luce
y su hierba se enjuga,
valiente y enrojecido luce
sin miedo a que sus ojos se apaguen
por lo que han visto,
y la campana sigue sonando
despierta ya la mañana.*

VÍCTOR MANUEL ARBELOA

SENTENCIAS, DONAIRES Y APUNTES (en diálogo con Juan de Mairena)

Lírica prosa / tan empalagosa: pongamos así, en verso, lo dicho en prosa por Juan de Mairena.

Todos los fantasmas tienen mala sombra.

Nadie ha pensado ni imaginado la nada.

Si no hay más verdad que la muerte, muramos todos con ella.

El Dios de mi corazón / y el Dios de Cristo, su Logos: / su mejor Revelación.

¿Occidentar más Occidente? ¿Llevarlo aún más hacia el oeste?

¿Nadie es más que nadie y a todo hay quien gane?

Los guardas de asalto, en vez de guardar, asaltaban.

De diez cabezas / nueve / embisten / y una piensa. / Peor sin duda fuera / que diez / pensarán / y embistieran.

Velo de Maya. ¿Cuántos velos de Maya hay que descorrer hasta la verdadera realidad?

¿A dónde vamos a parar? Porque parar... paramos.

Llovía pero el sauce no se mojaba, protegido por su propio paraguas.

Confiemos / en que no será verdad / nada de lo que tememos.

Lo malo de los que no tienen nada que hacer es que tienen toda la vida para hacerlo.

El hondo sentir y el hondo expresar. En la hondura está la diferencia entre la poesía y la prosa.

Por fortuna el lenguaje es de todos. Una de las pocas cosas comunes y gratuitas que nos quedan.

El que espera / desespera / dice la voz popular. / Pero ésa no es la espera / verdadera.

El reloj es el metro de nuestro tiempo, y el horario el sistema métrico decimal de nuestra vida.

Abrigamos la esperanza... La esperanza es la que nos abriga a nosotros.

Tomar la poesía por las metáforas es coger el rábano por las hojas.

¿Tu verdad? / Sí, mi verdad. /Y la verdad de otros muchos. /Y entre todos / la verdad.

Vinos generosos. Los generosos son los que nos dan tales vinos.

Como en tiempos de Sócrates, siempre dan miedo los nuevos dioses. Que suelen ser los dioses viejos en hombres nuevos.

Si de algo pecan los espejos, es de sinceridad. Sinceros, demasiado sinceros.

¿Que la nada / anonada? / ¡Ahí es nada!

La no existencia no es lo único esencial de muchas cosas que no existen.

Ojo por ojo: el delicado programa del oculista.

Hombre de mal gusto no es aquél que no sigue los dictados de la moda.

Juan de Mairena: / pensar, soñar y cantar / para vivir sin cesar / bien vale la pena.

JAVIER ASIÁIN

DONDE TODO ES PERPLEJIDAD

A mi madre

El poema que nunca te he escrito
se empezó a escribir hace ya mucho tiempo,
allá por tu primer mes de gestación
y mi primer reclamo embrionario.
Y luego fue creciendo
bajo la tutela umbilical de tu caligrafía materna,
cuando yo aún me preguntaba
si las vibraciones de tu risa eran la vida
o el tacto de tus manos esa ciega profecía
que me proyectaba al mundo.

El poema que nunca te he escrito
nació desatado de amor anunciación,
y vio la luz en el octubre de tus pupilas,
donde todo es perplejidad
e imperecedera placenta.
Se alimentó de la perfumada nebulosa
de tus senos y deletreó un solo cuerpo
amortajado a tu dolor primigenio.
Más tarde pronunció tu nombre y aprendió
a caminar por sí mismo
-como caminan los buenos poemas-
y le creció un cuerpo sintáctico
al rumor de tu lírica, donde he aprendido
que todavía aún se está naciendo.

Yo jamás no te lo he dicho,
pero el poema que nunca te he escrito
suscribe mi nombre
y continúa preñado en tus letras
porque es oriundo de ti
al llevar impresa la flor de tu ternura,
la semántica justa de todos tus silencios,
el torrente sanguíneo que trasmina tus verbos,
que a su vez son estos versos de hombre:

fruto bendito de tu vientre.

JOSÉ LUIS ESPARCIA GIL

MEDINA AZAHARA

Es justo que habitemos
este remanso sin más delirio que el rosado corazón
de las antiguas columnas.

En esta desolación
aún perviven la marcialidad y el azahar,
la sumisión y la adolescencia.

No hay temor que nos busque
entre el amor orfebre.

Somos baluartes d una vida
recia de papiros
y lentos surtidores de tiempo.

XABIER ETXARRI

HUÉRFANA PIEL

*Peina flamígera tu mano
la umbría del cabello
que sin orden el aire despereza*
Maite Pérez Larumbe

Ni cabellos ni piel,
se ha borrado el recuerdo de la últimas caricia.

Introducir la cabeza, la espalda,
en el viento de tus manos
ha resultado un fracaso.

Brisas tibias habrán de traer de nuevo
curiosos dedos, ajenas y dulces pieles,
mientras tanto
seguiré en tu abismo innominado.

SIEMPRE ESTOY EN OTRA PARTE

Igual que un faro cruza
por la melancolía de las barcas en tierra
La ausencia es una forma de invierno.

Luis García Montero

*Igual que un faro cruza
por la melancolía de las barcas en tierra
llegan a la orilla en esta noche extraña
las olas quietas que nacieron para mi presencia.
y que yo no esté allí para recogerlas
no modifica en absoluto la llamada de la arena:
llegan, me buscan, y al no encontrarme se marchan,
nada cambia en su semblante y su nostalgia
dura lo que tarda en caer una piedra.*

IGNACIO LLORET

a ti en mis sueños

Era un verano en que estaba muriéndose mucha gente, uno de esos años en que la temporada de calor irrumpe de pronto y termina con la vida de los que ya estaban mal. Entre ellos había amigos comunes, familiares lejanos o vecinos que habíamos visto casi a diario y a quienes todavía no pensábamos despedir. Su muerte no nos causaba un gran dolor, pero sí nos sentíamos obligados a acompañar a sus parientes en aquellos momentos tan difíciles. Aplazábamos lo poco que tuviéramos que hacer y velábamos sus cuerpos en el tanatorio de la ciudad o en la misa que se celebraba días más tarde. Yo llegaba casi siempre con retraso y te veía sentada en uno de los bancos de madera.

- Nos conocimos hace dos semanas en el funeral de Maribel. - te decía.

- Hoy estoy mucho más triste que entonces. - respondías tú.

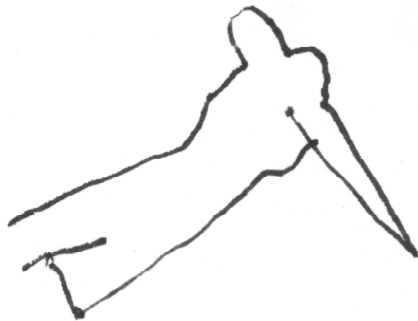
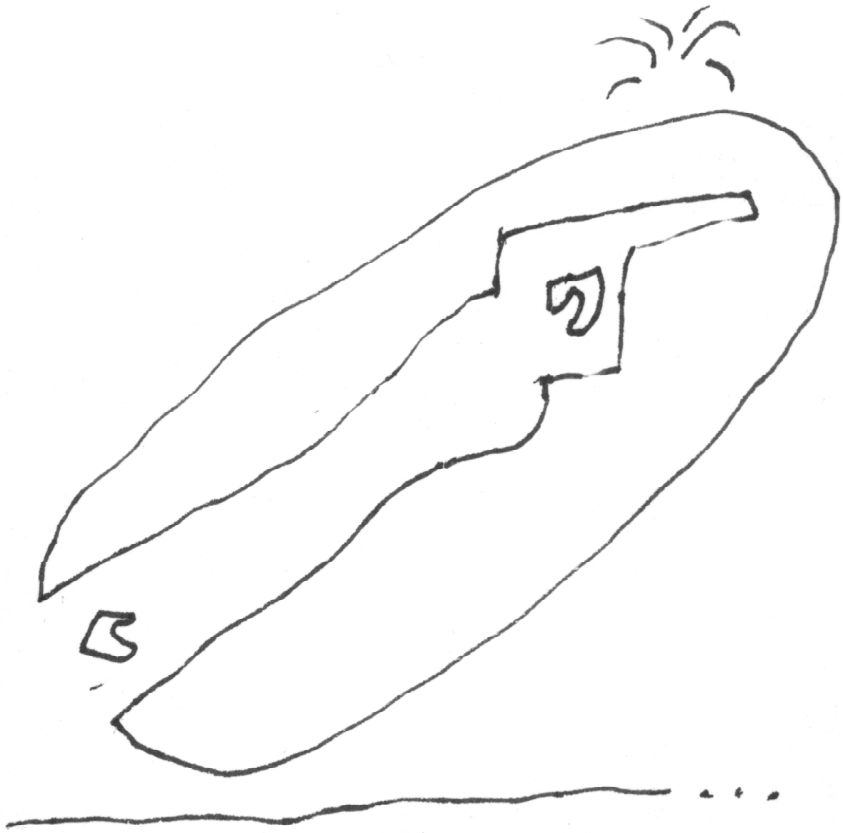
Sabíamos que no seríamos conscientes de todo eso hasta el otoño, que sólo cuando volvieran a bajar las temperaturas y las noches fuesen más largas recordaríamos los sucesos de los meses anteriores y entenderíamos por fin lo que había pasado. Hasta septiembre seguiríamos recibiendo noticias parecidas, acudiendo a los lugares de luto y, sin embargo, con tantas horas de luz era imposible asimilar lo que ocurría, habría sido inútil pensar en los ausentes.

Yo prefería ir a las ermitas o a esas capillas privadas que hay en algunos cementerios. Me gustaba que al salir de allí hubiera una inmensidad de campo extendiéndose, un trozo de bosque desde el que nos llegara otra clase de sonidos. De esa forma el duelo parecía algo natural y nosotros íbamos consolándonos a medida que andábamos hacia los árboles. A veces me adentraba más de la cuenta y acababa en un arroyo de aguas limpias o en una aldea donde no había estado nunca.

- Vaya, tú también te has perdido. - te decía sentándome cerca.

- No soporto las ceremonias tan largas. - contestabas tú.

Y unos días después volvía a morirse alguien de nuestro entorno, el dueño de una tienda de confianza o la mujer que leía libros a los niños. Habíamos hablado a menudo con ellos, pero también esta vez nos ha-



bría costado mucho llorar. Así que les dábamos el último adiós sin una lágrima y continuábamos disfrutando del verano como de una época que fuera a durar eternamente. Yo pensaba en los sitios que dejaban vacíos al desaparecer, en esos espacios viejos por donde antes se movían, pensaba que nadie iba a extrañarles demasiado.

Las salas en las que se mostraban los cadáveres me resultaban más sórdidas que las iglesias, eran edificios muy fríos. En la parte trasera había un garaje de coches fúnebres, un almacén de ataúdes y una oficina para gestionar las conducciones. Al principio me extraviaba buscando la estancia y preguntaba por ella usando las señas del muerto. Entonces me indicaban que tenía que subir mucho más arriba y recorrer el pasillo hasta el fondo. A mediados de julio ya había estado en la mayoría de esos cuartos y no habría podido imaginarme confundíendome de puerta. Yo miraba el número de letras doradas y entraba sabiendo que te iba a encontrar.

- Era un chico muy joven. - te decía sacudiendo la cabeza.

- Era un muchacho prometedor. - añadías tú.

Había leído que lo difícil no era sobrevivir al invierno, sino superar los meses que venían después. Al principio creía que los más débiles sufrían recaídas cuando llegaba noviembre, y que cualquier resfriado actuaba sobre su salud como una enfermedad grave sobre nosotros. Pensaba que se les perdía la pista poco antes de Navidad y que, si no reaparecían en primavera, se les echaba de menos para siempre. Pero luego supe que sus cuerpos reclamaban un cambio de aires en vísperas del solsticio de junio, y que si al final no se iban al norte era porque se habían resignado a morir.

En las parroquias de la ciudad ocupábamos las últimas filas, nos quedábamos de pie junto a una columna con altavoz o sentados en los bancos laterales. De lejos nos costaba distinguir lo que sucedía en el altar, escuchábamos una eucaristía de pocas palabras. De vez en cuando miraba hacia atrás para ver quién entraba, saludaba a los conocidos levantando apenas la barbilla. Muchos venían del monte o de la playa, necesitaban ofrecer el mejor aspecto posible. Comparaban el color de su piel con la palidez del difunto y se calmaban apreciando la diferencia. Si salían deprisa a la calle, yo sonreía pensando en su porvenir, me cruzaba contigo y comprendía que estabas allí por la misma razón.

- Ahora ya es un alma nueva. - decía para animarte.

-Y nos ve como a hombres diminutos.

En agosto nos habíamos acostumbrado a esa avalancha de funerales, pensábamos en la muerte sin resentimiento. Éramos bastante jóvenes y, sin embargo, asumíamos la posibilidad como un golpe de fortuna que supondría la salvación de seres extraños. Entonces, si una muchacha enfermaba de verdad, le hablábamos de esa hermana lejana

que empezaría a curarse cuando ella ya no estuviese. Le poníamos un nombre con su ayuda y le deseábamos la felicidad que era imposible entre nosotros. No sabíamos en qué país ocurría el milagro, pero creíamos en él derrochando un gran caudal de esperanza.

Y en los pisos el muerto siempre estaba demasiado cerca, era un cadáver reciente. La familia lo exponía en el salón, a cierta distancia de la ventana para que la luz no hiciera tan escandalosa su lividez. El ruido de los coches aportaba una señal de continuidad, nos advertía de que la vida seguía su curso en casi todas partes. En el interior tampoco llegaba a hacerse el silencio, los asistentes murmuraban por temor a ser olvidados cuando aún estaban vivos. No levantaban la voz, pero querían que su tono fuese lo suficientemente claro como para que no les confundiéramos con otros. Así que yo me acercaba a ti y te preguntaba si habías experimentado una tarde como ésta.

- He velado de noche a muchos ancianos. - me decías sin inmutarte.

- Debe de ser triste marcharse sin compañía.

Al final del verano hacíamos un balance provisional de los que ya no estaban, poníamos un interrogante en el resto. Sabíamos que el calor todavía iba a llevarse a los mayores y que no podríamos hacer nada para impedirlo. Veíamos llover desde casa o desde cualquier sitio que hubiéramos buscado para pasar las vacaciones. Notábamos el primer aire del otoño y, sin embargo, recordábamos cómo otras veces había vuelto a calentar el sol después de las tormentas, de qué forma había sorprendido a algunos paseando alegremente por la ciudad. Nos despertábamos de la siesta con una pesadilla y nos enterábamos de que volvía a haber víctimas de esa estación.

Había ocasiones en que ellos se desplomaban en la calle como muñecos averiados, pedían ayuda con los brazos en cruz. Enseguida se formaba un corro alrededor de la persona y se oía la sirena que venía a recogerla. Nosotros aparecíamos unos minutos después y deseábamos una franja de sombra que quitase un poco de claridad. No queríamos tenerla a la intemperie, no soportábamos verla tan blanca. Habríamos preferido que alguien sujetara a esa mujer con las manos y la colocase bajo un pórtico viejo. Habríamos querido que algo así no ocurriese en medio del camino, que nadie pudiera desmayarse de ese modo. Y siempre llegaba un momento en que me giraba hacia ti para que me explicaras lo que pasaba, te encontraba a mi lado tan perpleja como yo.

ADOLFO MARCHENA

¡Pero qué inutilidad esconde la palabra!
En ciertas ocasiones que nos sobran.
Soñar unos ojos que miran como bosque
en tus pies de alcohol sin sangre.
La tierra que nunca tuvo alambradas.
Es el desembarco de nuestras almas
en el silencio de la noche. Y la muerte
entonces ya no importa. Porque
su palabra es ambulante y su música
no se escucha. Tiene un color extraño
la luz como la muerte. Siguen a mis pasos
los pasos de una parca inútil e indecente.
Y tal vez también hayamos olvidado
nuestros nombres. Somos aquellos que
sin tener nada lo esperamos todo.
Como una sombra en el camino
tropezamos con la palabra ausente.
Y hay tanta sed en nuestras bocas,
tanto deseo inútil que se esfuerza.

A Tere

*Te dejo para que no te olvides de mí,
tierna flor en el jardín del estanque
donde renacen los nenúfares y las fuentes,
tierna piedra de la estatua dulcificada
en el agua que alcanza el extremo
opuesto de este muro que nos separa.
Te dejo para no alcanzar el odio, para
que tus años son años de soledad
a mi intemperie abiertos, a mi sola
añadiría de un renglón que tiene más
versos que tus labios, que tu pecho,
un día descubierta como la Américas.
Te dejo para que nada nos mate una
mañana de este mes de otoño y las
hojas en torno al silencio de los dioses,
de los momentos en que tuvimos
agarrados por los pies y por las manos
a un destino hecho de hojarasca.
Te dejo para que el mundo sea menos
mundo, para que nada nos relaje.*

Mi vida, mi rabia, mi olvido,
cerca la guerra que acompañó
a nuestros abuelos. Y ahora
todos callan y después el milagro
del silencio mismo, de la ausencia,
de todo aquello que nos hace
ser menos fuertes y más cobardes.
Y yo grito y reclamo y admito
que el poema tiene más de tres
versos y atraviesa alféizares
y contraventanas y que un santo
disfrazado de demonio
nos dispara con balas de flecha.
Y a nuestro pecho acuden
las normas y el sentido del deber
y lo cívico del momento.
Así me rebelo contra todo lo que
mata, contra todo lo que hiere,
y si soy menos que cualquiera,
en cualquier momento arrojaré
mi verso por la ventana como
un maldito suicida que por ello
no deja de ser menos hombre,
menos mujer, menos nada,
que cualquier alumno de
secundaria que se fuma un
porro a la salida del colegio.

*Ahora un amigo viene a clavar
puntas en el sótano, para no perder
más aire o tal vez para no perder
más agua de las sucias cañerías.
¿Y dónde está la voz que grita
que un día quisimos la flores
del jardín errante, del bosque
de los helechos donde avanzar
se hacía tan difícil como amar?
O simplemente como morir.
Uno puede decir:
Yo te quise.
Y se nos fue la aurora.
Y se nos fue el silencio.
Pero siempre, he comprendido,
queda el poema.
Por mucho que nos alejemos
siempre está ahí, como una
sanguijuela que se nos pega,
que se adhiere, que nos mata.
Porque morir de poesía
es morir de silencio, morir
apaciblemente en un lago
donde la espada fue lanzada.*

Solo, y de nuevo solo y en la soledad
un momento en que nos sentimos
solos. Y más allá de toda razón queda
la soledad que nos hace solos.
Solo, y entonces las montañas se
trasladan y los picos y las cumbres,
y veo la nieve y veo los reflejos del sol,
y quiero ahuyentar la miseria pero
de nada nos sirve el silencio porque
en este silencio estamos solos.
Ay, Caronte y tú me miras
y me dices ven, vamos, avancemos
que la muerte está ahí, cercana.
Y más cercana que mi muerte
está mi muerte que me acerca,
a contemplar a distinguir
todo este aire que nos huye.

SANTIAGO MONTOBBIO

TODA HISTORIA

Toda historia es simple y se me olvida.
Quizá me fui a tomar café, quizá la amaba
y me perdí entre jardines de piernas esmaltadas
que fueron juncos trenzados de palabras
y después retama que mi lengua de trapo
había hecho trizas. Quizá fue el amor,
quizá el café, tal vez la noche. El recinto
sin madrugadas, con sangre y luna rotas,
el recinto, el barranco de dientes oxidados
o el valle de hojas de afeitar dulcísimas
no hería o no existía. Quizá fue el café
o fueron sus piernas, o quizá la amaba.
Toda historia es simple y se me olvida
En las axilas de mi ciudad tristísima.
Sabedlo ya: mis ojos no se acuerdan de qué miran.

EL ANARQUISTA DE LAS BENGALAS

*Yo soy el anarquista de las bengalas,
el anarquista único, el que permanece y pasa:
he tenido nombres en las que dormían las frutas
de los corazones raros. A todas horas trabajo,
y en especial cuando la gente afirma
que no hago nada. Sé lavarme el alma
sobre el papel y nada, colocar bombas de relojería
en las ciudades que siento en las espaldas,
buscarle y con olvido las cosquillas a un amor
que prefiguro con distancia y a través de todo eso
seguir estando en todas partes habiéndome
marchado.*

*Porque no soy
el anarquista de las bengalas. Cada vez
que enciendo una tu corazón
y mi corazón se apagan..*

CONFESIÓN ÚLTIMA

De entre las mentiras una de las que prefiero
es la luna. Antigua o perdida, ni los locos
la creen, y con sus torpes palabras pueden
fabricársele torpes vestiduras. Porque
el poeta -gata falsa- a veces no está
para cielos o pájaros es por lo que os hago
una confesión última. De la noche
no hablo. Porque sin engaño o niño
cómo osar decirte
que la noche es mentira

LO DIJO EL POLICÍA

*Las memorias se venden bien, pero su precio oscila.
Dependen si guardan árboles, lagos, travesuras de infancia,
Columpios o lunas, algo que se llamó ideales
y también amores, abuelas tiernas, huesos, frutas.
Sí: los sueños ya suben mucho, y sobre todo algunos.
Y para poco gasto tenemos las de algunos que sólo cuentan*

*tiempos perdidos y que a lo sumo fingen
llagas de sombra con rostros de tarde o de tortuga.
Nada es. Pero alcanza a cualquier bolsillo.
Yo ya siempre lo había dicho: las memorias
de los poetas castrados
nunca valdrán un duro.*

JOSÉ ANTONIO SÁEZ

RONDA DE MÍNIMOS

El que apaga la antorcha y a tientas se conduce.
El hondero entusiasta que recoge los cantos
que en la corriente ruedan y hace girar el mundo
en el vértigo seco de la cuerda ondulante,
instigador del fuego sobre el campo baldío.
El dispuesto al cortejo que una mano pretende
y apenas si se atreve a levantar los ojos
hacia aquélla que aguarda de su boca el milagro.
El ojeador lerdo que levanta la presa.
El altivo que grita en la plaza su suerte
y amenaza al gentío que en revancha lo ignora.
El que levanta al cielo, vareador excluido,
sus brazos implorando los frutos de la tierra.
El que gime en la noche, a solas, sin que nadie
comparta su secreto y enjague así su llanto...
Aquel desconsolado, el varón de dolores,
el que lleva en los ojos el brillo de los justos,
estrellas rutilantes bajo un iris marchito...
El que espera en el día de los mínimos altos.

MIGUEL DE SANTIAGO

TIEMPO DE LLORAR

Es otoño y es tiempo de llorar.

Hay que encender hogueras
que consuman los troncos del recuerdo
y nos calienten estas manos
tan arrugadas y tan frías.
Tendremos que sentarnos todos alrededor
y dejar que se queme la memoria
como en última ofrenda o sacrificio.

El baile crepitante de las llamas
nos hipnotiza
y somos marionetas
con los ojos heridos, casi ciegos,
aferrados al hilo que, invisible,
nos arrebató y nos perdona.
Las lágrimas asoman al alféizar
y humedecen antiguos y queridos paisajes.
El cielo se ha posado en las mejillas
donde alguien nos besó
y con la yema de sus dedos
nos puso en marcha el corazón y el llanto.

Antes de la ceniza,
antes que todo acabe
tendremos que elevar nuestros suspiros
implorando el consuelo de otro fuego
que convierta las lágrimas en luz
de mediodía.

KIKO SAGARDOY

OTRA SANGRE (AGOSTO)

cuando cae otra gota
de otra sangre
y salpica la piel con que te cubres
y hacia otra parte
miras,
así te evades
y otra voz grita
algo horrible
con un desgarró de tímpanos y frases
y tú silbas
aquella que decías "tu canción"
impermeable,
casi bailas marcando el tibio son
y se desploma otro cuerpo
en algún rincón del mundo
o a tu lado,
no lo oyes ni te importa,
tú sales de compras por la ciudad
como cada tarde
y buscas sombra,
meneas el culo que te adorna,
de escaparate en escaparate
te exhibes,
viajas...
hasta que te sientas
agotada y feliz
en una terraza de paz y arbolillos
y llamas al camarero sonriente
y abrazas el vaso,
y besas tu cocacola mirando al cielo,
dando gracias a dios
por lo amable que es la vida,

por cuidar del Hombre
-así con mayúscula-
y dios está tan ocupado en curar heridas
que ni te oye.

La poesía aquí

Nuestro colaborador, cofundador de *Río Arga* y hasta hace poco miembro del Consejo de Redacción, *Jesús Górriz Lerga*, ha presentado, el 2 de noviembre, en el Ateneo Navarro, su libro de poemas, **La luz del águila**, editado por el Gobierno de Navarra en su sección "Colección Literaria Navarra". Górriz recoge en este su último poemario sesenta y seis poemas en torno a la geografía y la historia de Navarra -*canto general de amor a Navarra*, lo llama en su presentación escrita *Juan Ramón Corpas*, escritos desde los años cincuenta hasta hoy mismo.

El joven poeta de Pamplona, *Txus Etxeberria*, nos ha hecho conocer asimismo su segundo libro de versos, titulado **Demonios en el jardín**.

El escritor sevillano *Andrés Mirón* ha ganado este año el certamen de poesía Villa de Aoiz, en su XXVIII edición, con su poema **Cuando ya nada importa**.

Otros géneros literarios

El novelista pamplonés *Patxi Irurtzun Ilundain* es ganador este año del premio a la creación literaria del Gobierno de Navarra con su libro de viajes **Atrapados en el paraíso**.

Jokin Muñoz, nacido en la Ribera, criado en San Sebastián y residente en Pamplona, ha recibido, junto a otro escritor guipuzcoano, el premio Euskadi 2004, fallado en Bilbao el 14 de octubre, al mejor libro en euskara, por su cuarta obra escrita en la misma lengua, **Bizia lo** (Duerme la vida), estructurada en cinco relatos.

Y mientras el veterano poeta y pintor de Mañeru, *Laureano Calvo*, presentaba en la Casa de la Juventud su primera novela, **Con el recuerdo y olvido**, el joven escritor madrileño *Lorenzo Luengo*, residente en Nueva York, se hacía con el premio de narrativa en el Certamen Tomás Fermín de Arteta, de Aoiz, por su relato **Gente que llama a la puerta**.

El I Certamen Caja Navarra de *Cuentos de invierno*, dotado con 1.500 euros, que acaba de fallarse en Pamplona, el 17 de noviembre, lo

ha ganado el pamplonés *Manuel Goñi Gamarra*, de 32 años, técnico de la Casa de la Juventud de Pamplona, con su relato de cinco páginas **Un país de otro invierno**, que será publicado el 10 de diciembre. Al certamen se presentaron más de 250 narraciones, procedentes de Navarra (un 70%) y de otras partes de España.

Víctor Manuel Arbeloa es el autor de dos libros, todavía no presentados, **Perversiones políticas del lenguaje** (Biblioteca Nueva), con prólogo del profesor *Luis Núñez Ladeveze*, y **De andar y pensar** (ediciones Sahats), diecisiete capítulos de juegos líricos, lúdicos, sentenciosos y populares, prologado por el escritor y profesor *Amando de Miguel*.



fundación**can**

lo que tú has decidido